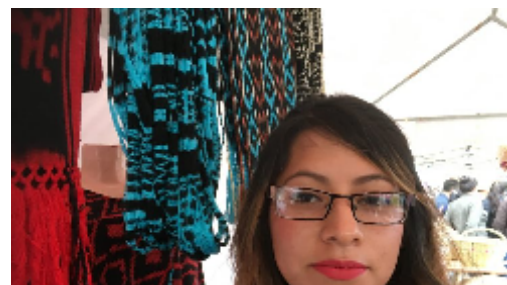
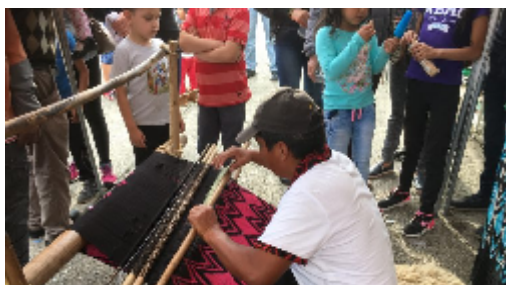


CENTRO DE DOCUMENTACIÓN CIDAP

Fuente: El Mercurio
Fecha: Viernes 24 de febrero de 2017
Página: 4B
Año: 92
Edición: 35.002
Descriptor: MACANAS, PAÑOS IKAT, ARTESANOS-AZUAY.

Juan Rocano: el tejedor de macanas

Más de 35 años en el telar le dan la calidad de un verdadero maestro. Sus trabajos tienen un sello de calidad, buen gusto y originalidad. Los Rocano-Maldonado y su vida dedicada al tejido de macanas.



Estaba sentado sobre un cuero de borrego. La gruesa, acolchonada y natural alfombra era grande y blanca. Se notaba que esa manta, sitio donde descansaba el cuerpo del tejedor mientras sus manos se agitan con el tejido, tenía ya su tiempo, las lanas del cordero se veían algo aplastadas y un tanto desgastadas por el uso.

Cuando se le pregunta al tejedor: ¿Por qué no usa una silla?, él sonríe, sabe que es una pregunta un tanto necia; pero responde que esa membrana es caliente. Pues la posición para tejer una macana en un telar de cintura exige estar sentado al ras del suelo y para prevenir cualquier enfermedad, aquella ocasionada por el frío especialmente, coloca esa sábana hecha al estilo natural y ancestral, una sábana blanca lograda con el cuero de un cordero.

La silueta del animal no se pierde a pesar del tiempo y del uso. La sábana es una de las cosas que llaman la atención del trabajo de Juan Rocano, el tejedor de macanas de Bulcay, Gualaceo, Azuay. La gente que lo ve tejer hace un ruedo al rededor suyo. Los espectadores a veces son muchos, pero es admirable cómo las miradas de los curiosos se clavan en la prolijidad de las manos del artesano.

Juan lleva 35 años en el oficio. “Algo más quizá”, dice el hombre de unos 50 años de edad, quien confiesa que de niño ya empezó en el trabajo de tejedor, cuando tenía unos ocho o nueve años, “por ahí, por ahí”, replica.

La destreza de ese arte lo aprendió de su mamá. Ella era una tejedora de macanas. Recuerda que sus abuelos también sabían el oficio; entonces por genes y enseñanza, Juan centró su accionar en la vida en el tejer de macanas. Era y es una forma de trabajo que permite atender las necesidades de la casa.

Los inicios del tejedor

De chiquillo, Juan tejía las fajas o chumbis. Su día de labores se dividía en varias acciones: ir a la escuela, aprender a tejer, tejer, y hacer las cosas de casa. Una bata delgada, unos cinturones y unas bufandas, fueron la escuela inicial de su arte; cuando perfeccionó el tejido de esos elementos, decidió incursionar en el entramado de macanas grandes.

“Cuando uno es niño nada es difícil. Se aprende con la travesura, luego se perfecciona y así se convierte en un oficio”, testimonia el tejedor.

Si el cuero de borrego blanco llama la atención; sin duda, lo que más atrapa las miradas y la curiosidad es el telar de Juan. Ese armazón hecho de madera. Es un telar empotrable, se lo puede instalar en cualquier espacio. El tejedor sabe ubicar cada una de las piezas y sujetarlas de tal forma que aguante la fuerza que se requiere para tensar bien cada hilo.

La estructura es elemental, dos postes verticales acogen dos travesaños donde se extienden los hilos. Sujetado a estos postes están otros travesaños que se extienden

sobre el piso, de ellos se agarra un cinturón que sostiene la cadera del tejedor. Todos el armazón se ata con cabos gruesos.

La velocidad del hombre es increíble. Todos los elementos que dan forma al lienzo tienen su nombre y su función. Juan es un ser cuya capacidad da envidia, mientras teje no duda en explicar el por qué usar cada madero. Es un maestro para manejar el bahuan, el tormentador, las basas, la yahuamarca, la yahua, y la calloa; así mismo el shin que es lo que sostiene bien.

Hay otro elemento que se llama trapiche y por cierto el ichi. Para el tejido es importante que nunca faltan unas agujas metálicas. Estos instrumentos reemplazan en parte a los espinos de penco negro de otrora, que se usaban para ir dando forma a cada aspecto de la macana.

La materia prima del tejido

Antes, décadas atrás, los telares se instalaban en la pared de la casa. Se dice incluso que algunos se sujetaban en las ventanas y en los pilares. Hacer un telar empotrable ahora tiene doble función: la de tejer y la de promocionar el arte. Los tejedores expresan que hoy en día es necesario exponer los talleres al público, enseñar a la gente lo que se hace y cómo se hace. Así mismo, el telar es un elemento que revela de dónde viene el tejedor; todo eso es parte del trabajo y la promoción de la artesanía.

“Sólo en tejer una macana se demora un día, el hilo lo compramos en la Pasamanería. Cuando se acaba de tejer cualquier prenda, se le alza y se le saca del telar. Todo el tejido es manual. Una macana que toma un día de labores cuesta 35 dólares, con esto al menos se sobrevive”. Esas son palabras del tejedor que permiten acercarse a su mundo, a su trabajo, a una parte de su cultura y su realidad.

En la casa de Juan Rocano hay dos telares. Uno para tejer las prendas grandes y otro para dar forma y textura a las prendas pequeñas. Los telares grandes pueden ser multiusos; cuando se termina de tejer la macana grande, de inmediato se puede instalar el hilo para tejer una bufanda. “En esto hay tejidos finos y otros más gruesos. Los más finos tienen un costo mayor, nosotros hacemos finos y un poquito más gruesos”, testimonia Mercedes, la esposa de Juan.

Los Rocano-Maldonado han formado un clan de tejedores. Juan escogió como compañera de vida a una tejedora de macanas. Esa mujer, al igual que su esposo, descende de una dinastía de tejedores. Compartir la vida es compartir el oficio, es trabajar juntos y a la vez es legar el arte a sus hijos; la idea es que el oficio no se pierda.

Hablar del oficio de los dos es algo que cautiva a Juan. Él dice: “cuando me casé, mi esposa se unió y ella también sabe del arte, por eso unimos los saberes. Ella arregla, yo tejo. Hay muchos modelos, una infinidad. Este que tejo es un modelo quingo o zigzag, modelos que los diseña mi esposa”.

Mercedes tiene dos cualidades básicas que le significan el éxito en el tejido: sabe tejer y sabe diseñar las iconografías que se plasman en el lienzo de hilo. Los motivos son diversos; churos, que siempre lo hacen en gráficos chiquitos, grandes y muy grandes. Los de cruz andina, también están el óvalo con la rosa, el óvalo pequeño con la pluma, el quingo con una caja, el quingo pequeño, el churo con pájaro; no se puede obviar el quingo sucio, la hoja con pájaro, cada uno de esos diseños salieron de la imaginación y manos creativas de Mercedes.

El paño azul celeste con puntos negros, macana típica de las cholitas ya no se tejen, eso ya no hay. El hilo que daba forma a ese estilo de prenda desapareció, se llamaba el hilo golondrina, pero ahora es historia, por ende el paño es cosa del pasado.

El diseño iconográfico de la prenda se realiza en el hilo extendido sobre un utensilio de madera. Allí, la tejedora sujeta con cintas el espacio que se quiere teñir. El amarrado sigue la secuencia que permita lograr el ícono pensado o propuesto. “Es una forma que se va creando, el hilo lo compramos en color entero allá en Pasa, luego teñimos en negro y queda el diseño o labor que queremos hacer, y así se se da la forma. Yo también tejo ahí mismo, todo lo hacemos”, es la versión de Mercedes.

Todo el tejido de la macana es manual. Lo que más se venden son los chales, los pañuelos y las bufandas, además se tejen macanas que se usan en la confección de zapatos, carteras y faldas. Una macana de 38 dólares se obtiene con siete madejas pequeñas de hilo. A ese trabajo se suma el tiempo destinado al teñido. Una vez que termina ese proceso empieza el tejido, un día toma el dar forma a la prenda.

La combinación de los colores es tarea de la artesana diseñadora. Hay colores amarillo-negro, rosado-negro, celeste-negro, cardenillo con un tono de café no muy encendido; hay prendas que tienen la combinación de cuatro colores. Dar la cromática a la macana es una cuestión de imaginación, de allí salen las propuestas. Eso lo cuenta Mercedes para quien, “hay que pensar y en detalle los colores que se puede quedar. Pues se consideran tonos que combinen con los ojos verdes, azules, miel o cafés de las féminas”.

La pequeña Rocano-Maldonado se involucra en el arte de sus padres. La joven de 15 años aún no sabe tejer, pero ya sabe urdir, seleccionar, amarrar y hacer los diseños. Esta es una tradición familiar que la joven aprende porque le gusta. “Lo que aprendo

de mis papás es todo, incluso teñir. Para el teñido hay que ver bien la tinta, si está en la medida correcta, nosotros compramos esas tintas en Cuenca”, afirma la joven. (BSG)-(Intercultural).

Detalles

-El mercado para vender la macanas son las ferias. En Gualaceo, Cuenca y otras plazas los productos son apetecidos. Entre los consumidores están los turistas extranjeros que al menos una vez al mes visitan el taller y compran entre dos y tres prendas.

– Los Rocano-Maldonado tejen macanas que en ocasiones las lucen reconocidas personalidades y reinas de belleza.

– Los productos que más consumen son los chales, bufandas y las faldas. Éstas últimas prendas a veces la confeccionan los mismos tejedores a la medida.